



“NUESTRA AMÉRICA”:

José Martí ante la Razón Moderna

pptdcr@cubarte.cult.cu

Pedro Pablo Rodríguez¹
Centro de Estudios Martianos

Resumen

Este artículo es un acercamiento al difícil y singular diálogo con el pensamiento moderno y sus procedimientos del escritor, pensador y político cubano José Martí. La tesis es que el ideario de Martí expresó los intereses y la perspectiva de los pueblos de Hispanoamérica, a la que llamó Nuestra América, por oposición, según escribió “*a la otra América, que no es nuestra*”. Plenamente consciente de que la identidad de la región se sustentaba en una cultura nueva, mestiza de lo aborígen y lo español, el cubano dedicó su ensayo “Nuestra América” a explicar los factores internos que mantenían las estructuras sociales, políticas y de pensamiento de la época colonial, así como el peligro que representaba el creciente poderío de Estados Unidos.

Palabras Clave

José Martí - Nuestra América - Civilización y barbarie - Modernidad - Razón

¹ Pedro Pablo Rodríguez López (La Habana, 1946). Periodista e historiador. Ha sido profesor de la Universidad de La Habana, dirigió la sección de Historia del semanario Bohemia y la radioemisora CMBF. Desde 1990 es investigador titular del Centro de Estudios Martianos, donde es director general de la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí. Doctor en Ciencias Históricas, miembro efectivo de la Academia de Ciencias de Cuba y vicepresidente de la Academia de la Historia de Cuba. Ha impartido numerosos cursos de posgrado y conferencias en más de treinta universidades y centros de investigación cubanos y extranjeros. Ha publicado más de cien artículos y ensayos científicos en publicaciones de una veintena de países, más de veinte libros de su autoría. Ha recibido el Premio Nacional de Historia y el Premio de Ciencias Sociales y Humanísticas.



“OUR AMERICA”:

José Martí in the face of Modern Reason

pptdcr@cubarte.cult.cu

Pedro Pablo Rodríguez
Centro de Estudios Martianos

Abstract

This article aims to approach Cuban writer, thinker and politician José Martí's harsh, singular dialogue with modern thinking and its procedures. It argues that Martí's set of ideas expressed the interests and viewpoint of the peoples of Hispanic America, which he called Our America, as opposed to, according to his own texts, " *the other America, the one that is not ours*". Fully conscious of the fact that the region's identity was based on a new culture, resulting from a mix of the indigenous and the Spanish, Martí used his essay "Our America" (originally, "Nuestra América") to explain the internal factors that maintained the colonial social, political and ideological structures, in addition to expressing the threat the growing power of the United States represented.

Key Words

José Martí - Our America - Civilization and barbarism - Modernity - Reason

Introducción²

Como ha sucedido más de una vez con las personalidades históricas, la de José Martí se ha ido ensanchando con el tiempo. En vida fue conocido y apreciado a través del periodismo por las élites ilustradas de Hispanoamérica, que tuvieron a su alcance las tremendas crónicas acerca de Estados Unidos publicadas por más de una decena de periódicos del Continente y de España, mientras que los patriotas cubanos, que se unieron bajo su liderazgo en el Partido Revolucionario Cubano para independizar a la patria, le llamaron Maestro y Apóstol, en explícito reconocimiento de sus capacidades y carisma de liderazgo. Ya en el siglo XX, el cubano alcanzó verdadera talla continental y universal.

En los primeros decenios de esa centuria el mundo de habla española quedó admirado ante sus incompletos *Versos libres*, inéditos hasta entonces. Así, se completó la recepción del poeta deslumbrante que renovó la lengua y que se expresaba con imágenes insólitas. También, poco a poco, se amplió la estatura del político: ya no solo impactó su asombrosa destreza como organizador, sino que se le asimiló, además, como todo un estadista que se trazó la magna empresa de contribuir al equilibrio del mundo, cuyo reparto ya efectuaban las grandes potencias.

La segunda parte de la pasada centuria enriqueció la comprensión de la magnitud y diversidad de facetas de su creación literaria, de su sensibilidad artística y humana, y de su ética de servicio humano. La Revolución Cubana, sostenida explícitamente en su ideario, ha sido hecho decisivo en ello, al igual que para el reconocimiento de la validez de muchas de sus ideas a favor de una perspectiva humanista, solidaria y de justicia social ante los problemas que

² He desarrollado parcialmente las ideas de este artículo en varios textos: "Nuestra América contra la lógica de la modernidad", *Honda*, La Habana, Nº 30, 2010; "Nuestra América de José Martí", *Trabajadores*, La Habana, 24 de enero de 2011; "A 120 años de 'Nuestra América'. El texto", *Cubarte*. Portal de la cultura cubana, La Habana; "A 120 años de 'Nuestra América'. El texto en sus contextos". *Cubarte*. Portal de la cultura cubana, La Habana; y "Nuestra América': desafío a la modernidad", *Librinsula*. La isla de los libros, La Habana.

plantea el mundo contemporáneo, cada vez más desequilibrado, insolidario, injusto e inhumano.

Junto al escritor y periodista, junto al dirigente político, se ha ido abriendo paso su dimensión de pensador. Al mismo ritmo que se ha admitido la existencia en América Latina de un pensamiento social y filosófico profundo y extenso, cada vez más se comprende el carácter descollante del sistema de ideas martianas dentro de la historia intelectual continental. De modo particular ha prendido en la conciencia social latinoamericana el entendimiento de que José Martí, al lado de Simón Bolívar, es uno de sus padres fundadores. Responsabilidad significativa en ello ha tenido el creciente conocimiento de su pensamiento latinoamericanista, en particular a través de la brillante síntesis que alcanzara en su ensayo cenital titulado "Nuestra América".

El primero de enero de 1891 apareció publicado el ensayo en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, bajo la firma de José Martí. Esa publicación, que ya había abierto antes sus páginas al cubano, era un mensual de pensamiento y de letras, de impresión que podría considerarse de cierto lujo, cuyo editor propietario fue el panameño Elías de Losada. Es casi seguro, desde luego, que los primeros lectores del texto fueron los integrantes del reducido grupo de intelectuales latinoamericanos entonces residentes en la ciudad del Norte, gran parte de ellos bien conocidos por Martí y con frecuencia colaboradores suyos en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, fundada algunos años antes. No es de dudar, desde luego, que la revista también tuviera grata y sistemática acogida en muchos lugares de Hispanoamérica.

El 30 del mismo mes, con ligeras variantes, el escrito fue publicado en el diario *El Partido Liberal*, de la Ciudad de México, en el que desde 1886 el Maestro compartía con *La Nación*, de Buenos Aires, sus "Escenas norteamericanas", las crónicas que le convirtieron en escritor admirado y guía del naciente movimiento modernista de las letras en español.

El proceso de redacción del texto permanece en la oscuridad. ¿Le fue pedido expresamente por la revista neoyorquina? Quizás fue así, o, dado que

Martí no publicaba regularmente en ella, a lo mejor de él surgió el ofrecimiento al editor. Tampoco sabemos si “Nuestra América” le fue expresamente solicitado para su reproducción en el periódico mexicano o si su envío formó parte de una estrategia editorial de su autor. En verdad, este ensayo no es propiamente una de las tantas “Escenas norteamericanas” que remitiera a *El Partido Liberal*, y aunque hay algunos casos excepcionales de escritos martianos de corte ensayístico publicados en ese diario, todos son relativos a Estados Unidos.

Inevitablemente, el estudioso de Martí se pregunta por qué no se incluyó “Nuestra América” en *La Nación*. ¿Su autor no lo remitió allá o sería desechado por el editor argentino? Obviamente, las ideas de este escrito parecen poco afines con la de la oligarquía porteña de la época y su proyecto modernizador, cuya ideología compartía el dueño de aquel diario, el general y ex presidente Bartolomé Mitre, así como el director, su hijo, Bartolomé Mitre y Vedia. Quién sabe si por ello a lo mejor el mismo Martí decidió no pasar el texto al periódico bonaerense.

El hecho real es que ambas publicaciones, la neoyorquina y la mexicana, garantizaron a “Nuestra América”, muy probablemente, un público lector relativamente amplio por nuestra región, atraído por el conocimiento de la firma y por su tema.

Para aquella época, además del conocido autor de las crónicas que él llamó “Escenas norteamericanas”, el cubano representaba en condición de cónsul en Nueva York a Uruguay, Argentina y Paraguay, y era también el gran animador de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de esa ciudad, organizadora de frecuentes actos para acercar a los miembros de esa comunidad en la urbe. Era, pues, persona de prestigio entre las élites letradas de Hispanoamérica.

Un acontecimiento singular había estremecido el alma y la escritura martianas durante muchos meses anteriores, entre 1889 y 1890: la Conferencia Internacional Americana efectuada en Washington por convocatoria de Estados Unidos, cuyo propósito esencial fue crear mecanismos de acercamiento

económico entre aquella nación y sus vecinas del Sur, y que el propio Martí denunciara como el inicio de la expansión estadounidense por el Continente. Para Martí, aquella reunión buscaba controlar las materias primas de Latinoamérica y abrir ese mercado a las producciones industriales del Norte eliminando así, en consecuencia, a sus rivales europeos. El patriota cubano previó, además, que la cancillería estadounidense aspiraba a encontrar apoyo durante ese encuentro para su idea de anexar a Cuba. Finalmente, tras largos meses de negociaciones, la Conferencia terminó sin acuerdos concretos y Martí consideró ello un triunfo para nuestra América.

En medio de tan difícil y denodado encuentro que se inauguraba entonces frente al emergente imperialismo norteamericano, el patriota cubano entregó un formidable análisis para explicar los fundamentos de la peligrosa época que se iniciaba para la soberanía de los países de América Latina. Eso es "Nuestra América", texto que recurre a la forma ensayística para explicar cómo las propias condiciones de la región tendían a favorecer aquel amenazador expansionismo.

Fue, pues, un texto clave en un momento clave de la historia continental, cuando la región se reinscribía a paso rápido en los circuitos internacionales de movimientos del capital, en tránsito ya hacia su fase monopolista, y cuando numerosos signos de la modernidad se afincaban al interior de aquellas sociedades y daban lugar a profundos cambios de mentalidades, costumbres y aspiraciones. Latinoamérica, contando ya desde 1889 con la república brasileña, aumentaba su presencia en el orbe y a la vez era apreciada como zona de importancia en sentidos muy diversos por los poderosos intereses y las grandes potencias que marcaban los rumbos de la época.

Los procesos modernizadores a finales del siglo XIX resultaban notablemente contradictorios para América Latina, aunque el criterio que predominaba en las élites intelectuales y socialmente hegemónicas tendía a ofrecer una visión unilateral de cariz positivo y de ilimitada confianza en un futuro relativamente próximo que borraría las distancias con los centros del poder hegemónico del capital. De este modo, predominaba una visión optimista,

afianzada para muchos en la solidez del análisis científicista que impregnaba el positivismo filosófico y en el control mayoritario de los estados nacionales por los políticos de corte liberal. Mientras, el conservadurismo tradicional y su expresión institucional e ideológica en el catolicismo se batían en retirada, a la vez que más de uno de sus representantes se iban montando con mayor o menor discreción y entusiasmo en el arrollador tren de la modernidad.

“Nuestra América” se inscribe en aquel punto de cambios intensos sin refugiarse en el sostenimiento a ultranza del pasado y de las tradiciones, abriéndose a ese espíritu innovador, pero advirtiendo también las tensiones difíciles y novedosas que se estaban expresando ya entre un tipo de sociedad francamente arcaica y en retroceso, y otra que implicaba novedad, cosmopolitismo, mejoría. Como es habitual, el enjuiciamiento de la época intentaba casi siempre justificar el presente que se instauraba y buscaba deshacerse de cuanto elemento precedente estuviese obstaculizando el avance impetuoso por la modernidad.

El enfrentamiento de ideas y en la práctica social entre tradición y modernidad trataba de alguna manera, aunque no se dijera explícitamente, de reconstituir las relaciones de poder en cada una de las sociedades nacionales y de crear nuevos equilibrios sociales que podían conducir a alianzas circunstanciales o más duraderas y hasta a la absorción o incorporación de antiguos sectores dominadores a los procesos de modernización, hegemonizados por las burguesías rurales nacientes, las poderosas burguesías comerciales y las germinales burguesías industriales. Sin embargo, en verdad, la lucha más cruenta no era entre los modernizadores sectores emergentes y las viejas oligarquías de la tierra sino, y sobre todo, entre lo que por entonces se llamaba civilización y barbarie.

Durante los últimos decenios del siglo XIX se aumentó exponencialmente la presión sobre las clases y estratos más bajos en la escala social, identificados con la barbarie, de base rural y de composición étnica no llegada de Europa y sus descendientes criollos. Indios y negros, mestizos de toda índole, llaneros y gauchos, campesinos y otros sectores rurales tradicionales sufrieron una atroz

acometida en todos los órdenes con el fin de exterminarlos o de convertirlos en disciplinados trabajadores modernos. Ellos eran los bárbaros que impedían la civilización, el progreso, el avance de la región por las vías de la modernidad, de la industrialización, del capitalismo, de la ciudad moderna, de las nuevas formas de vida. Luego tenían que ser domesticados o desaparecidos cuando se tornaban un estorbo insalvable, y su cultura, entendida ésta como sus modos de vida, debía ser transformada, sin importar el costo humano y social que ello significara.

Los Contextos

Los disfuncionamientos de los países de Hispanoamérica tras las independencias, y la creciente conciencia de su fracaso republicano, eran materias de viejo interés entre la clase ilustrada continental, cuyo debate se actualizó a mediados del siglo XIX cuando las reformas liberales fueron intentando la formación de la nación moderna en nuestras sociedades. Martí, pues, no estaba entregando un tema nuevo en su ensayo, sino que la originalidad de su texto se asienta en sus respuestas, totalmente diferentes a las que solían dictarse entonces y, sobre todo, en la perspectiva con que organiza sus ideas desde una lógica contrapuesta a la razón moderna.

No es casual que el cubano escribiera aquel ensayo iluminador en los meses finales de 1890. La propia evolución de su pensamiento y las circunstancias de esos momentos permiten comprender que "Nuestra América" fue un texto casi imposible de ser escrito varios años atrás, y que, al mismo tiempo, marca un hito significativo e imprescindible en esa evolución que conduciría a Martí tras su publicación, de modo natural, a diseñar y exponer una estrategia liberadora para la región con pretensiones universales, y su inmediata puesta en marcha mediante la gran batalla de su vida: organizar a los patriotas en el Partido Revolucionario Cubano, a fin de impulsar la guerra necesaria y alcanzar la independencia de Cuba y Puerto Rico, las Antillas libres que habrían

de cortar la posibilidad de la expansión de Estados Unidos hacia el Sur y desde las que se encaminaría la acción concertada de toda nuestra América.

El ensayo, entonces, fue elaborado justamente en la ocasión precisa en que su autor debía sintetizar su análisis sobre nuestra región y en que ésta requería de una interpretación de su problemática capaz de asegurarle el mantenimiento de su soberanía y la apertura de los caminos para un futuro propio. Ahí descansa la importancia de aquellas publicaciones en Nueva York y México al comienzo de 1891.

Desde su arribo a México en 1875, y durante sus estancias en Guatemala entre 1877 y 1878, y en Venezuela durante el primer semestre de 1881, Martí se preocupó por caracterizar la identidad continental, motivado tanto por los debates y la ejecutoria de los gobiernos liberales que conoció en esos países como por sus realidades histórico-sociales. Atrapado en el medio de la fabulosa y contradictoria expansión finisecular de la modernidad industrial capitalista, el joven intelectual cubano manifestó una voluntad latinoamericanista que marcaría indeleblemente su acción como líder político durante su madurez. A los 24 años de edad, decía en Guatemala que su oficio era “*engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y revelárselas*”³. Y a los 28, señalaba en Venezuela su consagración urgente a revelar, sacudir y fundar la América⁴.

No se trataba de osada altisonancia juvenil en quien desde sus días mexicanos había comenzado a emplear el término de ‘nuestra América’ para contrastar la riqueza espiritual de nuestra región con el sentido de la razón europea: “*Si Europa fuera el cerebro, nuestra América sería el corazón*”⁵. A su llegada a Guatemala, país que incluso superaba a México en cuanto a su mayoría poblacional aborígen, había expresado una concepción de gran importancia teórica, histórica, cultural y antropológica que le situó en la posibilidad conceptual de ofrecer más adelante una nueva dimensión de lo

³ Carta a Valero Pujol, 27 de noviembre de 1877, *Obras Completas* (en adelante *O.C.*), t. 7, 112 y *Obras Completas. Edición Crítica* (en adelante *O.C.E.C.*), t. 5, 192.

⁴ Carta a Fausto Teodoro de Aldrey, 27 de julio de 1881, *O.C.*, t. 7, 267 y *O.C.E.C.*, t. 8, 110.

⁵ “Hasta el cielo. Por José Peón Contreras”, *Revista Universal*, México, 15 de enero de 1876. *O.C.*, t. 6, 423 y *O.C.E.C.*, t. 3, 158.

nuestroamericano: éramos un pueblo nuevo resultado de un proceso antagónico mediante el choque de dos civilizaciones, la indígena y la conquistadora, por ello mestizo en la forma, y requerido de la unidad ante la semejanza de sus orígenes y constitución⁶.

Así, la voluntad latinoamericanista se sostenía en él desde joven, tanto en una sensibilidad particular hacia el alma continental como en el brillante criterio de la condición mestiza y novedosa de estos pueblos. A lo largo de los años 80, la acelerada madurez de su personalidad, y como intelectual y líder político, se asentó en su notable comprensión de que se vivía una época de tránsito a escala planetaria que, junto a fenómenos económicos, como la formación de los monopolios, y sociales, como la creciente polarización y enfrentamiento entre capitalistas y trabajadores, incluía un serio resquebrajamiento de los valores espirituales. La crisis finisecular de la modernidad industrial, que atormentó a tantos, especialmente a los artistas, fue magistral y singularmente descrita por Martí en su "Prólogo al *Poema del Niágara*" de su amigo venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde. Aquellos tiempos, que calificó "de *reenquiciamiento y remolde*"⁷, no le amilanaron sino que acicatearon su voluntad batalladora latinoamericanista. Y mientras intentaba echar adelante la libertad de su isla, se dedicó a crear una verdadera conciencia acerca de la comunidad de problemas e intereses de nuestra región entre la clase letrada hispanoamericana, sus posibles lectores, aprovechando el auge por entonces de las publicaciones periódicas.

El ensayo "Nuestra América" se nos anuncia y prefigura en su obra desde los años 80, particularmente en "Un voyage à Venezuela", un manuscrito en francés que se interrumpe durante su enumeración y enjuiciamiento de los problemas continentales, precisamente cuando iba a desarrollar sus ideas de la dicotomía entre el campo, donde veía a Persia, y la ciudad, que asimilaba a París. Lamentablemente, en ese texto incompleto, escrito al parecer durante el segundo semestre de 1881, nos quedamos sin la parte de su análisis total de la

⁶ "Los Códigos nuevos", *O.C.*, t. 7, 98 y *O.C.E.C.*, t. 5, 89.

⁷ *O.C.*, t. 7, 225 y *O.C.E.C.*, t. 8, 146.

dicotomía entre ambas zonas culturales y sociales de la región, sin su postura ante el conflicto entre tradición y modernidad. Pero en las hojas de que disponemos se puede leer su afirmación de que estudiar los problemas de Venezuela es hacerlo con toda nuestra América, y en ellas está implícita la lógica que al respecto desarrollaría en 1891 en "Nuestra América" al postular que no había batalla entre civilización y barbarie sino entre falsa erudición y naturaleza: se trataba de conocernos en nuestras particularidades y de no pretender el encuadre de éstas en los moldes importados de Europa y Estados Unidos. En el texto anterior se expresa así: "...se desprecia el estudio de los asuntos esenciales de la patria; - se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales; - quieren aplicar a sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos del todo diferentes"⁸.

En "Un voyage à Venezuela", el escritor que transitaba ya hacia su madurez literaria emplea una imagen para expresar las disparidades y desajustes de nuestra región, que se traduce así al español: "*Estos pueblos tienen una cabeza de gigantes y un corazón de héroe en un cuerpo de hormiga loca*"⁹. El débil cuerpo no puede sustentar la cabeza ni el corazón. Es el mismo procedimiento discursivo y literario del ensayo publicado en 1891, cuando dirá, quizás con mayor precisión de su criterio: "*Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño*"¹⁰.

Mas hay otra zona de la escritura martiana que desbroza el camino hacia "Nuestra América". Me refiero a sus numerosos escritos en el periódico mensual *La América*, publicado en Nueva York, para el cual colaboró desde 1883 y que dirigió durante 1884. Aunque no se ha hallado una colección completa, en los números conservados salta a la vista de inmediato que desde ellos Martí lanzó una campaña por la unidad continental como la verdadera solución a la contraposición entre tradición y modernidad. Con fino juicio, el cubano insiste en esos escritos en que la unión es la única manera de dejar atrás todo aquello

⁸ O.C., t. 19, 160 y O.C.E.C., t. 13, 145.

⁹ O.C., t. 19, 154 y O.C.E.C., t. 13, 138.

¹⁰ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, Investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Primera reimpresión, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2005, 22.

que impedía a nuestros pueblos incorporar la modernidad desde y en función de su propia tradición, de sus propios requerimientos. De hecho, en el conjunto de textos para *La América* se pone en evidencia en todos sus análisis el criterio que sintetizaría en magistral fórmula en "Nuestra América": "*Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas*"¹¹.

Desde la revista mensual, Martí explicita más de una vez la necesidad urgente de esa unión ante el "colosal" peligro que representaba ya para nuestra América la emergencia de Estados Unidos como potencia moderna. Califica de "inevitable" el encuentro con la nación del Norte y llama a prepararse adecuadamente para ello, "*compactos en espíritu y unos en la marcha*"¹². Y, como en el ensayo de 1891, destaca la importancia en todo ello de las ideas, de la conciencia: "*Pensar es prever*"¹³. Justificaba así, al mismo tiempo, tanto su propia labor intelectual de previsión y alerta mediante la escritura, como su repetida crítica a la incompetencia de la clase letrada del continente.

Curiosa manera la de Martí para atraer a sus lectores, a esa misma clase letrada, de la que dijo en "Un voyage à Venezuela": "*Resulta, pues una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente, y las necesidades reales y urgentes del pueblo que debe ser dirigido*"¹⁴. En rigor, sus apreciaciones durante el decenio de los 80 constituyen un sistemático debate con las actitudes e ideas, y sobre todo con la lógica del razonamiento de aquella clase dirigente.

El debate, más que el diálogo, se desató para Martí desde su *Revista Venezolana*, de Caracas, en 1881, en cuyos dos únicos números enfrentó perspectivas y juicios adversos a los suyos, como señala en "Propósitos" y en "El carácter de la *Revista Venezolana*"¹⁵, ambos textos verdaderos llamados a emplear el talento en bien de nuestra América, y a que la intelectualidad tuviese

¹¹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 17-18.

¹² "Buenos Aires. Agrupamiento de los pueblos de América", *La América*, Nueva York, octubre de 1883. O.C., t. 7, 325 y O.C.E.C., t. 18, 180.

¹³ Ibid.

¹⁴ O.C., t. 19, 152 y O.C.E.C., t. 13, 145.

¹⁵ O.C., t. 7, 197 y 207 y O.C.E.C., t. 8, 55 y 88.

una actitud creadora, sostenida en el conocimiento de lo nuestro. A veces, como hace en un artículo de *La América*, el pronombre en plural que le incluye también a él parece atenuar su crítica: "...así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o de Norteamérica...". Pero la fuerza de su rechazo se impone, y el párrafo anterior continúa así, con el lapidario adverbio: "...y en levantar bellacamente en suelo de cierto estado y de cierta historia, ideas nacidas de otro Estado y de otra historia, perdemos las fuerzas que nos hacen falta para presentarnos al mundo..."¹⁶. Se anunciaba de esta manera su airada desestimación de los "sietemesinos", de "los faltos de valor", de "los insectos dañinos", como describe en "Nuestra América" a los "letrados artificiales", al "criollo exótico", a los portadores de "la falsa erudición".

No hay suavidad sino franca dureza en el enjuiciamiento de Martí, quien obviamente busca conmover, sacudir la conciencia de esa clase letrada y lo que en ella pueda haber de patriotismo. Es el líder político cuya sagacidad se aprecia también en "Madre América", su discurso ante los delegados de los estados de América Latina a la Conferencia Internacional Americana de Washington, convocada por Estados Unidos para enyugar económicamente a la región en sus designios. Leído ante ese auditorio de diplomáticos el 19 de diciembre de 1889, este escrito es el antecedente más inmediato del ensayo "Nuestra América".

El cubano quería y necesitaba convencer a los representantes de las naciones latinoamericanas acerca de las intenciones estadounidenses y de que no aceptaran la postura anexionista hacia Cuba. Por eso esta pieza oratoria se enzarza en un emotivo recorrido por la epopeya de las luchas independentistas, a su juicio el primer momento verdadero de nuestra América, y culmina afirmando que en los latinoamericanos residentes en el país norteño "*la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de prósbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio*"¹⁷. Éste era, digámoslo así, el modelo del intelectual latinoamericano al

¹⁶ O.C., t. 7, 325 y O.C.E.C., t. 18, 180.

¹⁷ O.C., t. 6, 140.

que Martí aspiraba —de alguna manera un retrato de sí mismo—, y cuya actitud debía ser seguida por esos diplomáticos que le escuchaban¹⁸.

Vencido el deseo expansionista de Estados Unidos en aquella reunión, o más bien obligado a ser aplazado o a buscar quizás otros caminos más directos y expeditos, como se respira en el aliento martiano de aquella época, el pensador que preveía y que así servía a Cuba y a toda nuestra América se sintió impulsado a dar la clave del enigma continental: “Nuestra América”. Se cerraba un capítulo y principiaba otro, el de la gran batalla martiana por el “*bien mayor del hombre*”: el ensayo cenital culminaba brillantemente un largo periodo de estudio y fundamentaría desde entonces la enorme pelea de su autor para acelerar la independencia de las Antillas españolas, en beneficio, desde luego, de la justicia para los hijos de esas islas, y también para contribuir al equilibrio de América y del mundo.

No sabemos cuál fue la reacción de los lectores de “Nuestra América”¹⁹. Parecería desde hoy que la clase letrada del continente no estaba preparada emocional ni intelectualmente para asumir aquel escrito abiertamente desafecto con la lógica, las previsiones y los intereses de la mayoría de las oligarquías de viejo y de nuevo cuño, de las que aquella formaba parte en su casi totalidad. Los antiguos elementos conservadores y terratenientes, aliados de la Iglesia católica, resistían aún en algunos países a las reformas liberales, triunfantes por casi todos lados, que intentaban ajustar nuestras sociedades a los cambios que imponía la modernidad finisecular, signada por el impetuoso desarrollo industrial, el avance científico y tecnológico, la formación de los

¹⁸ Marlene Vázquez Pérez aporta interesantes comentarios acerca de varios textos martianos precedentes que entroncan con el ensayo de 1891. Véase Vázquez, Marlene, “Ni siervos futuros ni aldeanos deslumbrados: diálogo, descolonización y antirracismo en ‘Nuestra América’ de José Martí”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, Nº 34, La Habana, 2012, 110-129.

¹⁹ Ana Cairo revisó los números de *El Partido Liberal* entre 1890 y 1894 sin encontrar comentario alguno respecto al texto martiano. “Una obra maestra de la ensayística”, en *Imaginario: 120 años de ‘Nuestra América’* (http://librinsula.bnjm.cu/secciones/281/expedientes/281_exped_1.html)

primeros monopolios y el reparto territorial del mundo constituido ya en mercado universal.

Aquellos enfrentamientos, a menudo muy cruentos, de ideas, proyectos sociales y ambiciones de poder tendían, sin embargo, a diluirse mediante alianzas familiares y de negocios. No sin desconfianzas y rechazos, las concepciones liberales y el positivismo se afianzaban, prestigiadas por el indudable crecimiento económico que caracterizó a la época y cuyos beneficios fueron recogidos por las diversas capas propietarias y hegemónicas. Progreso, ciencia, máquinas, industria y educación eran entonces palabras clave en el ambiente espiritual dominante. En casi todos los casos, no obstante, tales ideas y sus ejercicios prácticos desechaban al país viejo, tradicional, y cargaban la responsabilidad por lo que consideraban atraso a las clases y sectores populares, sobre todo a los pueblos originarios y a los descendientes de los esclavos negros. Esos 'bárbaros' eran incapaces de sumarse o de evolucionar hacia la modernidad dada su propia condición racial, y se convertían en un obstáculo para el progreso. Así, se siguieron dos 'soluciones' de similar basamento racista: o la deculturación de esos sectores mediante su asimilación a la cultura dominante, incluida la pérdida de sus lenguas, o su eliminación física.

De esa manera, ese desarrollo del capitalismo continuó y acrecentó la pérdida de las propiedades comunales así como el desprecio y la eliminación de las culturas autóctonas y de los sectores populares en general, aunque algunos símbolos de aquellos se incorporaran a las imágenes de la nación moderna en construcción.

¿Por qué ensayo?

El discurso martiano en "Nuestra América" resultaba insólito en aquellos contextos, tanto por su lógica y procedimientos expositivos, como por sus perspectivas filosóficas, culturales y antropológicas, y, en consecuencia, por sus soluciones a los problemas continentales. Éstas últimas han sido las que más han

llamado la atención en la mayoría de los exámenes al respecto; empero acercarnos a su pensar es, a mi juicio, lo que permitiría comprender la verdadera y enorme subversión que se planteó el Maestro, animado por su consciente toma de partido junto a los pobres de la tierra y por su ética solidaria y de liberación humana. Ello, además, nos entrega armas de filo notable para afrontar la tremenda crisis civilizatoria que en la actualidad hace peligrar la propia existencia de nuestra especie y del planeta.

"Nuestra América" anda por un terreno movedizo, difícil de asir en su esencia y en sus contornos, francamente contradictorio, tanto que quizás el mayor mérito de su discurso sea la contención y equilibrio de sus indudablemente apasionados enjuiciamientos y de la verticalidad de su postura. Fue la martiana mirada abarcadora y dialéctica al mismo tiempo por su afán de hurgar justamente en las tensiones a que estaban sometidos nuestros pueblos, y que llevó a su autor a adoptar una estrategia discursiva obligada, al menos, a no adoptar plenamente la lógica que imponía la razón moderna, cuando no a subvertirla en cuanto pudo.

Por eso Martí evade el tratado, tan de moda entonces como el *summum* del discurso intelectual, particularmente del que se planteaba una perspectiva científica: no tenía tiempo para escribir el tratado enjundioso con intenciones de estudio definitivo, mas tampoco se lo permitía la urgencia de atender y responder a la problemática continental, además de que estoy absolutamente convencido de que de ningún modo quiso hacer ese tipo de examen exhaustivo, extenso, de pretensión totalizadora. Tenía que aprovechar la experiencia exitosa de su ejercicio del periodismo durante buena parte de su vida, particularmente a lo largo de aquel decenio de los 80 en que enviaba sus "Escenas norteamericanas" a decenas de periódicos hispanoamericanos, y la aceptación por la mayoría de sus lectores de su prosa renovadora, de colores, llena de imágenes que desenvuelven la argumentación.

Por eso el artículo enjuiciador y la crónica que recrea los sucesos se trasmuta en el caso de "Nuestra América" en el ensayo analítico que, sin embargo, no transcurre por las vías al uso en su época. Se trata para Martí de

encontrar la clave del enigma de pueblos nuevos, de culturas diferentes a las antiguas de otros continentes, y de construir la salida a sus dilemas de siempre, alertando de las nuevas circunstancias que iban apareciendo y que tendían a reforzar la posición subordinada, dominada de la región.

Había, pues, que pensar otra realidad, diferente a la habitualmente manejada por la razón moderna, y brindarle salida a sus problemas antiguos y novedosos, planteados justamente por los choques y los intentos de ajuste con la modernidad, y, por ende, también muy diferentes a los que examinaba esa razón. El texto, entonces tiene que ser organizado por Martí, a plena conciencia, desde otras perspectivas, desde otra lógica y desde otra manera de argumentar, ajenas a las de la razón moderna, y en más de una ocasión contrapuesta a ella.

El texto

En sus publicaciones en vida de Martí, el texto aparece separado en seis secciones o acápites mediante el uso de marcadores tipográficos. Parece altamente probable que así se procediera tanto en la revista neoyorquina como en el diario mexicano siguiendo las indicaciones del autor, minucioso editor de sus textos, que solía marcar para la imprenta sus manuscritos, conocidos desde antes en ambas publicaciones.

El conjunto del escrito abarca once párrafos larguísimos, algunos de ellos sumamente extensos. La largura del párrafo es característica del estilo maduro martiano, como puede observarse en sus "Escenas norteamericanas", mas en el caso de "Nuestra América" se le suma el hecho de que cada una de esas unidades de redacción puede leerse como si fuera un texto *per se*, con lo cual el autor logra transmitir un examen suficiente del asunto tratado en cada párrafo. Podría decirse que el texto es de alguna manera la conjunción de once pequeños ensayos. Ello no significa, desde luego, que tales unidades no dejen de engarzarse entre sí para, de conjunto, brindar la problemática continental y la perspectiva unitaria para afrontarla y encarrilar nuestros pueblos por los

caminos de su desarrollo, propio, independiente y original. La articulación entre las secciones y párrafos, además de buscar la coherencia entre ellos, tiene por objeto conducirnos al final esperanzado en la posibilidad de mudar los destinos del continente, pelea a la que se nos convoca desde el comienzo. ¿Tendría presente Martí a la serpiente mexicana que se muerde la cola?

La primera parte, con dos párrafos, funciona como una síntesis del texto. El primero desea justamente expresar la importancia del escrito mismo, es decir, de las ideas para la realidad que vivían nuestros pueblos. Dos frases conclusivas cierran cada una de las dos tesis centrales del párrafo. La primera, "*Lo que quede de aldea en América ha de despertar*"²⁰; la segunda, bien conocida, nos indica la importancia del pensamiento para ese necesario y urgente despertar: "*Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras*"²¹. Obsérvese que ambas frases poseen un franco carácter aforístico que, indudablemente, ha contribuido a su popularización, y que desde el propio comienzo del escrito muestran su función proyectiva hacia el deber ser que su autor traza para la región. El segundo párrafo es una continuidad tal de imágenes que no hay frase que no lo sea: así argumenta Martí con singular sentido de culto didactismo la idea central, con la que cierra el párrafo y esta parte del texto, y que a la vez expresa el *desiderátum* del ensayo, o sea, su llamado a la unidad continental: "*Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes*"²².

La segunda sección es un largo párrafo contra aquellos que no tienen fe en su tierra y en su gente, en el curso del cual el autor manifiesta su perspectiva contraria a la imperante cuando afirma: "*¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios...*"²³. Este planteo es una clara toma de partido martiana junto a los pueblos indígenas y un reconocimiento de la profundidad de las mudanzas requeridas en la región. Es aquí donde emite la fuerte crítica

²⁰ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 9.

²¹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 10.

²² Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 11.

²³ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 12.

contra quienes reniegan de sus orígenes, a los que califica de "sietemesinos", "insectos dañinos" y "traidores".

La razón de la obvia emotividad de ese párrafo se muestra en la siguiente parte, una de las más extensas del ensayo, conformada por tres párrafos. En ella insiste en el orgullo ante nuestra América, donde "de factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas"²⁴. Se trata, pues, de un mentís rotundo a la tesis tan reiterada aún en nuestros días del atraso de nuestros pueblos, del fracaso de nuestras sociedades. Sin embargo, es claro que para Martí no se oculta cuál es el gran problema de fondo en que se justificaban semejantes apreciaciones negativas, y nos dice que hay incapacidad, sí, pero no en el país naciente, sino en quienes quieren regirlo con leyes venidas de Estados Unidos y de Francia.

De golpe, entonces, nos sitúa ante el núcleo de su enjuiciamiento renovador y novedoso para su época: el mimetismo, la copia de modelos ajenos, el desajuste entre esos modelos y la manera de ser de nuestra América es la razón del fracaso de las repúblicas criollas: los fracasados no han sido los pueblos, los 'bárbaros', sino el intento de forzar a estos a vivir bajo una lógica y bajo una cultura de la modernidad del occidente capitalista y burgués. Y por eso Martí llama a gobernar desde nuestra región y nuestros pueblos, reiterando el punto de vista de la necesidad de la originalidad y de la autoctonía: "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país"²⁵.

Así, de nuevo el uso del verbo 'haber' nos da el carácter programático de estas frases aforísticas, y las cuatro, en conjunto, entregan en verdad una definición del gobierno, procedimiento razonador que, sin embargo, sustituye el lenguaje recto y directo con que el positivismo establecía la manera de enunciar una definición de pretensiones científicas. Recursos literarios como la

²⁴ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 13.

²⁵ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 14-15.

anáfora conducen a fijar el concepto martiano del gobierno, el cual, de hecho, excluye de sí a aquellos que no cumplan esos requisitos y, por tanto, se convierte en el deber ser, aquello a que se debe aspirar y llegar.

Los dos párrafos que siguen sustancian con hondura cuál es la clave del enigma continental. En el primero se señala el apartamiento de las clases populares por las repúblicas, y Martí se vale para ello de una comparación entre esa república criolla ajena y la gran masa popular. En el curso de su exposición entrega su frase explícita contra la tesis manifestada entonces: "*No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza*". Y en el sexto párrafo da su solución: formar una intelectualidad que conozca sus pueblos y que no se dedique a copiar lo venido de fuera. Tan importante es esa asimilación de lo genuino, que en ello fija Martí la clave de la estabilidad política y social, pues así se abriría su lugar a los sectores populares: "*Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías*"²⁶.

Obsérvese que vuelve sobre el concepto del gobierno, cuya definición, por tanto, no había quedado ya plenamente cerrada en el párrafo comentando antes. Podrían enlazarse ambos momentos y afirmar que el equilibrio de los elementos naturales del país necesita del conocimiento del país, y que justamente ese equilibrio resuelve, pues libra al país de las tiranías, lo mismo de las ejercidas por los sectores imitativos de otras realidades -desdeñosos de los elementos naturales-, que de las practicadas por estos excluidos para hacer sentir su presencia y sus intereses. De este modo, el procedimiento razonador de definir se hace y se rehace una y otra vez a lo largo del texto. Y, en este caso, el aforismo inicial ("*Conocer es resolver*") se completa y explica en la frase siguiente, con el mismo verbo inicial en función sustantiva ("*Conocer*"), lo cual, obviamente, se convierte en una reflexión -decisiva para continuar su análisis de la realidad continental- acerca de la importancia de conocer, del verdadero conocer, que ha de buscar desentrañar lo propio, lo original, lo autóctono.

²⁶ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 17.

La sección cuarta del ensayo la constituye un solo párrafo largo que amplía el análisis de la parte precedente. Aquí el cubano explica las razones históricas desde la conquista y las luchas de independencia que fundamentan cómo las nuevas repúblicas no incluyeron al hombre natural (el indio, el negro, el campesino, como aclara de inmediato), o sea, a las clases populares. “*El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu*”²⁷. Y ese desajuste esencial debilita a nuestras sociedades, es el tigre de adentro para Martí.

La quinta parte, con dos párrafos, integra el análisis anterior con una visión esperanzada hacia el futuro pues se describen rasgos indicadores de la superación del mimetismo: “*le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real*”²⁸. Obsérvese que Martí no dice que todo ha cambiado, sino que está naciendo el hombre real, es decir, que se está iniciando ese cambio deseado e impulsado por él desde su ensayo: “*Las letras son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América*”²⁹. Y por eso plantea: “*Crear, es la palabra de pase de esta generación*”³⁰. De alguna manera, pues, el autor fija la responsabilidad de sus contemporáneos, particularmente de la gente letrada, de la intelectualidad, los posibles lectores precisamente de “*Nuestra América*”. Y ello, claro, no era mero entretenimiento mental sino tarea de transformación raigal: “*¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país!*”³¹. De nuevo el sentido programático del texto, ahora insistiendo en la importante tarea de la intelectualidad.

La última sección del ensayo consta de dos párrafos. Uno es una especie de rápido pase de revista a los problemas entonces más actuales sin decir nombre de país alguno. La balanza del crítico no se inclina hacia lo positivo ni hacia lo negativo sino que señala ambos tipos de asuntos porque de inmediato

²⁷ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 20.

²⁸ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 22.

²⁹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 24.

³⁰ Ibid.

³¹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 25.

ocupa el espacio mayor del párrafo en explicar “*el peligro mayor de nuestra América*”: la emergencia de Estados Unidos como potencia imperial con ambiciones expansionistas hacia nuestra América. Ése, dice, es el tigre de afuera, que aprovecha al tigre de adentro. El sentido del urgente mensaje de alerta es claro, explícito y hasta obvio, al igual que el planteo del programa defensivo: “*el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante...*”³². En dos palabras: se trataba de solucionar el apartamiento del hombre natural, de equilibrar nuestras sociedades y de trabajar, juntas, en su defensa ante el peligro de la nueva hegemonía desde el Norte.

Las imágenes se diluyen en parábolas y alegorías en esta parte del texto, que para mí cobran cierto estilo bíblico, mientras que el deber ser para la acción inmediata deja el aforismo y emplea más frecuentemente el lenguaje directo.

El párrafo final es un enfrentamiento a uno de los puntales de la descalificación a que eran sometidos nuestros pueblos y sus mayorías populares, y también un ataque en toda regla a uno de los basamentos de las dominaciones modernas: el concepto de razas y su derivado, el racismo. Martí, en evidencia de su espíritu superior y de su ancha concepción de la unidad del género humano por encima de las diversidades de su expresión en las distintas culturas y épocas, declara su rechazo a considerar como “*una maldad ingénita y fatal*” el peligro proveniente del pueblo del Norte³³, expansionista y desdeñoso de nuestra América, a su juicio, por razones sociológicas, culturales e históricas.

Y para remarcar en ese análisis antirracista que enfrentaba así hasta los principios del cientifismo esgrimidos en la filosofía positivista, el darwinismo social y la naciente antropología y otras disciplinas asentadas en el criterio de razas superiores e inferiores, el ensayo termina llamando a nuestra América al “*estudio*

³² Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 27-28.

³³ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 29.

oportuno" del problema que ha de resolverse para "la paz de los siglos", y también, repite, con "la unión tácita y urgente del alma continental"³⁴.

Esas tareas serían cumplidas por la que vuelve a llamar la generación real, con la América trabajadora en marcha por el camino abonado por los "padres sublimes", es decir, por los próceres de la primera independencia. Y remata el cierre del texto con la alegoría, que recuerda su pasión por la escena teatral, y su afán de entender a nuestra América en su condición mestiza necesitada de sus raíces indígenas: el Gran Semí desde el lomo del cóndor regaba la semilla de la América nueva. El mito de la creación por el padre fundador, Amalivacá, según los tamanacos, pueblo aborigen de la actual Venezuela. La tradición, hasta la más antigua, no entendida como un obstáculo puesta en función de la nueva nuestra América, urgida de cambiar de raíz desde su autoctonía y en función de sus propios intereses.

La lógica de Martí

El profundo alcance renovador de "Nuestra América" se ha ido comprendiendo poco a poco con el paso del tiempo. Cada vez más nos damos cuenta de que a aquella lúcida y adelantada mirada del Maestro le resultan estrechos los límites y rieles por los que discurría mayoritariamente el pensar moderno, al extremo que parece inadecuada la pretensión de fijarlo en ese terreno. Las ideas allí desenvueltas no son una iluminación pasajera ni la muestra de un talentoso pensador que previó alguna que otra de las contradicciones del discurso de la modernidad, sino indicación de que ya para los tiempos de su brillante madurez expresada en este ensayo, la lógica martiana se movía a plena conciencia por caminos bien distintos a los que había establecido la Modernidad y la impulsaban en aquel momento de la sociedad industrial y burguesa finisecular.

³⁴ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 30.

En “Nuestra América” no hay un aparato categorial acabado según las reglas del pensamiento occidental desde la Ilustración, y sus planteos se envuelven en un lenguaje de imágenes, de indudable sentido poético, entendido por ello a menudo solamente como una expresión literaria, cuya novedad se suele reconocer. Pero no se ha advertido suficientemente que esa voluntad literaria, ‘poética’, manifiesta una lógica de algún modo contrapuesta a la razón tradicionalmente fijada por el pensar moderno. Como él mismo dijo en este texto: la razón de todos contra la otra.

Es verdad que por momentos hay ideas que se señalan como tanteos, y que la frase martiana está permeada —como no podía dejar de ser— por la cultura de su tiempo. Mas el conjunto del texto es la más vigorosa y expresa intención en nuestra América hasta entonces por pensar desde una lógica diferente, que recurre a lo ‘poético’ porque justamente quiere abrirnos a la comprensión de una realidad también ‘poética’, incapaz de ser medida y entendida cabalmente en su naturaleza singular mediante el pensamiento que fue reconociendo y constituyendo la moderna sociedad capitalista.

Para Martí, lo sabemos, poesía había en las civilizaciones originarias de nuestra América y en los pueblos mestizos constituidos durante el largo y contradictorio proceso colonial, que, según él, ahogó en la cuna a aquellas civilizaciones. El hombre natural de nuestra América, a su juicio, no disponía de los saberes librescos de la cultura moderna ni actuaba prejuiciado por ella: llevaba en sí la ‘poesía’ de un pueblo nuevo aún en formación, entorpecido en su andar por el arrastre de la destructiva imposición de la modernidad colonial y por el afán del progreso animador de las repúblicas criollas, aspirantes por lo general a ser occidentales, modernas, industriales, burguesas.

Frente a la ‘poesía’, al pensar por imágenes³⁵, al apreciar la unidad inseparable entre naturaleza, sociedad e individuos, se impuso una y otra vez a

³⁵ Desde hace tiempo se ha ido comprendiendo el valor cognoscitivo de la creación poética. Cintio Vitier encuentra que la imagen no es “*un truco supuestamente embellecedor o sustitutivo, sino, rigurosamente, un medio e incluso un método de conocimiento*”. Vitier, Cintio, “Las imágenes en ‘Nuestra América’”, en *Temas martianos, 2, Obras*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005, t. 7, 147.

sangre y fuego la lógica del mercado y la ganancia, que procuraba conquistar y dominar tanto a la naturaleza como a las personas americanas para explotarlas y ponerlas en función de esa lógica.

Sin embargo, "Nuestra América" no proclama una vuelta al pasado, sino que pretende incluir en la batalla por la nueva América a los exponentes de la lógica y el pensar modernos en esta parte del mundo. Era una delicada y vasta operación de conciencia la que Martí obviamente se propuso con este escrito fundador de un nuevo pensamiento; se trataba para él, al mismo tiempo, de transformarlo en pensar dominante y hegemónico de acuerdo con los intereses verdaderos, propios de nuestra América, y de recuperar tanto el alma y la voz de los pueblos originarios apagados por la conquista, como de darle su merecido lugar al hombre natural de aquel presente.

Así, la estrategia discursiva martiana no quiso abrir al debate su lógica y proponerla explícitamente como la sustitutiva de la otra, la moderna hegemónica. Martí entregó la suya a través de su empleo en sus análisis y de la defensa de sus conclusiones liberadoras para la sociedad y para los individuos, de justicia social, de anticolonialismo y de precoz antimperialismo, al entender que la nueva fase del capital tendría un alcance aún más universal y de mayores dominaciones, desigualdades y sojuzgamientos de pueblos, grupos y personas.

Más, al mismo tiempo, y como es bien claro en el conjunto de su obra, su vasta y variada cultura de síntesis se apropió y expresó al mismo tiempo, el humus espiritual de su época (romanticismo, liberalismo, positivismo), así como ciertos basamentos de otras culturas que se tornaban subalternas, de las que, sin embargo, intentó una lectura y una apropiación fuera de la perspectiva dominadora, siempre arrogante y hegemónicamente selectiva ante las culturas previas y las civilizaciones premodernas.

Para el cubano, sin embargo, lo natural, lo tradicional, no era necesariamente positivo, puesto que sus orígenes (la conquista que devastó la

civilización primera) no lo fueron. Allí "se probó el odio", lo cual trajo como resultado que "los países venían cada año a menos"³⁶.

Entonces, evidentemente, para Martí había que reconocer el predominio de lo moderno, incluso con su carácter dominador y hegemónico, mas había que apropiárselo en función de nuestras necesidades e intereses. Por eso para arribar a la nueva América -que ya no sería la prehispánica, ni la colonia, ni las repúblicas criollas- había que "probar el amor" frente a ese "odio inútil". El amor, pues, como siempre en Martí, sería el principio salvador. Y ese amor significaba conocer lo nuestro, aprenderlo y aprehenderlo en sus virtudes y defectos. Porque el hombre natural "derriba la justicia acumulada de los libros, si no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país"³⁷, lo cual no significa, desde luego, que Martí deseche esa justicia acumulada en los libros.

Luego se trataba de conocer nuestra América en sus características, requerimientos e intereses, para rehacerla y reconstruirla en y desde las condiciones de su contemporaneidad, la cual también, al mismo tiempo, habría de ser modificada. Así la nueva América, cuyos indicios veía asomar ya, tenía que asegurar dialécticamente un balance entre lo natural y lo moderno: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas"³⁸.

El impulso de amor debería afrontar las contradicciones de las repúblicas, presas del odio que separa: "la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte"³⁹. De ahí, pues, como vimos, su señalamiento de la creación como palabra de pase de la generación actuante en nuestra América.

No puede desdeñarse que también hubo en él la voluntad de atraer a su perspectiva -quizás sobre todo a la acción práctica- a cuanta persona de valía

³⁶ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 23.

³⁷ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 17.

³⁸ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 17-18.

³⁹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 23-24.

encontrara y a la propia intelectualidad continental como conjunto, cuyo mimetismo y falta de originalidad y autoctonía señaló, no obstante, con tanta crudeza y severidad en "Nuestra América". No sólo la llama "letrados artificiales", sino que la asimila en buena medida a los sietemesinos faltos de valor, caracterizados por el "brazo canijo", "brazo de uñas pintadas y pulseras, el brazo de Madrid o de París"⁴⁰.

Sabedor de quiénes podían ser sus lectores -la clase letrada en sus diversas funciones políticas, económicas, administrativas, educativas, residente sobre todo en las capitales y alguna que otra urbe-, Martí escribe para ellos y, al mismo tiempo, es a ellos a quienes invoca, provoca, acicatea, enjuicia y hasta condena. Es una especie de diálogo con esa ciudad letrada, que por momentos se torna debate y que puede llegar al azote admonitorio. "*¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades!*"⁴¹.

Desde luego, Martí no podía escribir para los sectores y clases sociales cuya voz e intereses pretendía asumir en el texto: el hombre natural, el indio, el negro y el campesino, las masas iletradas que no podían leer "Nuestra América". Pero en su condición de pensador que prevé y que de esa manera sirve, el ensayista desea al mismo tiempo mover a esa ciudad letrada hacia la magna tarea de crear una nueva América, con la muy probable intención de aprovechar la voluntad modernizadora que animaba entonces a buena parte de esa *intelligentzia* hispanoamericana, enrolada con entusiasmo en la modernización de sus países mediante las reformas liberales que tenían lugar. Se trataba, puede decirse, de emplear el moderno sentido del patriotismo y de la nación para sostener la recreación de nuestra América.

Era una manera de utilizar algunas de las armas de la modernidad en contra de la lógica que esta había hecho imperar, aunque no puede olvidarse

⁴⁰ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 11.

⁴¹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 12.

que para Martí esa América nueva sería la patria grande supranacional, que desbordaba los límites geográficos de los estados nacionales formados tras las independencias, que, sin embargo, tendían a afianzarse como construcciones políticas, ideológicas y en los imaginarios con las reformas liberales entonces en marcha, aunque para algunos de cuyos líderes esa unidad continental seguía constituyendo un ideal.

No obstante, Martí estaba consciente desde mucho antes, y cada vez más a partir de "Nuestra América", de los escasos márgenes que brindaban las reformas liberales para encontrar la verdadera clave del enigma continental, la que él ofrecería en este escrito; a pesar de ello, con su talento, experiencia y voluntad de líder político, de conductor de personas y de pueblos, no cerró las puertas a la ciudad letrada, y a todas luces estimó que la propia lucha por la unidad y la soberanía continentales frente a los peligros que se les encimaban, iría imponiendo desde esa práctica otra perspectiva, quién sabe si hasta la lógica desde la cual él ya discurría en 1890 mientras escribía "Nuestra América".

Por eso, más que un premoderno o un antimoderno, Martí se nos muestra en este ensayo como un contramoderno, como quien propone una modernidad otra, desde y para los otros, los de nuestra América en este caso, con obvia comprensión de las naturalezas también otras de las antiguas culturas asiáticas y africanas.

Es más que evidente que el cubano aceptó a plenitud vivir en la civilización moderna -me atrevería a afirmar incluso que disfrutó muchos aspectos de aquella, como indican sus crónicas neoyorquinas-, y que estimó indispensables su cultura material y sus aportes espirituales como el sentido de la libertad, la igualdad y la fraternidad, y la búsqueda de la verdad mediante la indagación científica. Más aún: tales principios, de enorme contenido ético humanista -basamento insoslayable del pensar martiano-, se integran por ello en su concepción del mundo y de los cambios estructurales requeridos por nuestra América. Probablemente ese costado ético le permitió proceder a semejante inclusión sin afectar la lógica discursiva que iba en contra de la razón ostentada por esa civilización moderna que apartaba y enfrentaba a los seres humanos.

Su deseo, su visión de futuro para nuestra América la describe así: *"llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas"*⁴².

"Fecundar con su trabajo" y *"defender con sus vidas"*, ideales ambos portados por el sentido de la nación moderna -aunque sabemos que de origen muy anterior-, alcanzables para Martí, sin embargo, por lo creado desde el país mismo con el fin de obtener un objetivo humano superior: el perfeccionamiento de cada persona mediante el conocimiento y el ejercicio de sí, o sea, la manifestación de lo propio, lo original, lo genuino de cada individuo. No se trata, entonces, para él, de disponer del progreso material mediante la acumulación de riquezas, resultado de la ganancia en el mercado, sino de algo bien distinto de incuestionable propósito ético.

El afán justiciero martiano entrega la salida al drama republicano hispanoamericano: para sociedades que quisieron basarse en la razón negada por la colonia, pero que negaron a su vez la razón de los ignorantes, de las masas incultas, habría que practicar *"la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros"*⁴³. La razón, símbolo y expresión a la vez del pensar moderno, no era entonces para Martí privilegio de la gente ilustrada, expresión de los saberes orgánicos y sistematizados, sino de todos los grupos humanos y de cada persona. La justicia verdadera era la que contaba con todas las razones, no la que subordinaba una -atrasada, primitiva, bárbara- a otra culta, letrada, ilustrada. Para él, entonces, no había una razón abstracta, única, válida como lógica organizadora de los saberes.

Esa recurrencia a lo ético sostiene el tremendamente novedoso final para su momento de publicación de *"Nuestra América"*, también manifiesta

⁴² Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 14.

⁴³ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 20.

expresión de la diferente lógica del pensar martiano. Allí expone el Maestro meridianamente el "peligro mayor" para nuestras tierras: "*El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América*"⁴⁴. Describe, además, cómo y por qué aparecía tal peligro desde la América del Norte: porque los pueblos viriles como aquel sólo aman a los pueblos viriles, y por la hora del desenfreno y la ambición a "*que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil*"⁴⁵. Y explica cómo ha de salvarse nuestra América de ese peligro: "*el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y el de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños*"⁴⁶. En pocas palabras: se trataba de unirse para resistir aquel inminente embate desde el Norte, echando a un lado rápidamente, a la vez, todo el pasado colonial que había continuado viviendo en las repúblicas. Era entonces imprescindible una América nueva, unida, sostenida en el conocimiento de sí misma y otorgando el espacio demandado y necesitado por sus clases populares, por el hombre natural.

Ese proyecto revolucionario de dimensión continental surgía y evidenciaba al mismo tiempo una lógica diferente a la que imponían aquellos tiempos en que los nacientes monopolios tendían a marcar el rumbo de la modernidad industrial y a imponer sus patrones acumulativos y reproductores sobre la totalidad del planeta, sometido en amplísimas regiones al dominio colonial.

Hay que prestar atención a los procedimientos literarios empleados por el autor en el ensayo, ya que a través de ellos se pone de manifiesto esa otra lógica no atendida a la moderna. Así, las imágenes y narraciones mediante las cuales se van presentando sus ideas no son un mero recurso literario, sino un modo de pensar, escogido a plena conciencia por el autor, tan interesado desde su

⁴⁴ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 28.

⁴⁵ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 27.

⁴⁶ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 27-28.

juventud en el habla popular continental, florida e imaginativa, pero conceptuosa, a diferencia del pensar 'literario' descontextualizado, tan común en la clase letrada de entonces, más de una vez objetado por el Maestro.

Esas imágenes y narraciones quieren entregar un mundo original en todos sus contornos, en su sentido multifacético, "en *junto*", como él mismo decía al explicar su método en las "Escenas norteamericanas", para de esa manera hacerlo asequible a nuestras conciencias y así facilitar el paso a las transformaciones. A veces es como si Martí quisiera hablar desde la suya, la española, las lenguas indígenas, cuyo conocimiento exige en el ensayo a los gobernantes de la región; al mismo tiempo, dado el carácter mestizo para él de la cultura latinoamericana (un pueblo nuevo que ya no es estrictamente español ni indígena), como la calificó durante su estancia en Guatemala, nos entrega en esos relatos elementos de ambas raíces, unidos en su propósito concientizador y de alerta fundacional.

Así, por ejemplo, las narraciones con que se inicia el texto aluden a lo europeo -el gigante de las botas de siete leguas, alusión a Pulgarcito de Perrault- y a los cometas que van engullendo mundos -alusión a mitos indígenas prehispánicos⁴⁷.

La función analítica que Martí otorga a las narraciones del primer párrafo de "Nuestra América", pues con ellas critica al "aldeano vanidoso" que no ve más allá de su pequeña aldea, se completa con la conclusión abrupta, movilizadora, imperativa que las continúa en el texto ("*Lo que quede de aldea en América ha de despertar*"⁴⁸) para seguir, sin descanso del punto y aparte, a considerar la extrema importancia de las ideas, las armas del juicio, que no fueron las precisamente usadas por el español Juan de Castellanos, cuya mención, por cierto, resultaba entonces como hoy un verdadero alarde de

⁴⁷ Este análisis sería prácticamente imposible si no dispusiéramos de las aportaciones hechas por Cintio Vitier en su edición crítica de *Nuestra América*.

⁴⁸ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 44.

cultura libresca, dado el desconocimiento generalizado de su libro *Elegías de varones ilustres de Indias*.

Es como si el cubano quisiese demostrar a la misma intelectualidad cuya cultura libresca objetó una y otra vez, que la erudición también podía ser puesta en función de los intereses de nuestra América: aunque, obviamente, para él nuestras armas no podían ser exactamente las mismas de los conquistadores elogiados por Castellanos en sus endecasílabos. Para el cubano, las armas de guerra cumplirían una función defensiva para la América Latina, no agresiva ni conquistadora, y serían dirigidas por la conciencia, por las armas del juicio.

Por tanto, la lógica de ese párrafo inicial del ensayo no excluye el uso de las armas, sino que valora por encima de ellas el uso del juicio, de las trincheras de ideas: la obra renovadora, trasformadora de nuestra América a que él aspiraba, implicaba sobre todo un cambio de mentalidad, de la forma de pensar del dominado, del subordinado, servil en su pensamiento a las ideas importadas de los polos modernos europeos y de Estados Unidos, que mantenían y reproducían la relación dependiente.

El encadenamiento de pensamientos aforísticos caracteriza buena parte de la expresión de "Nuestra América", con lo cual Martí va más allá de la simple relación causa-efecto, tan propia del positivismo de su tiempo, para intentar darnos más costados de las relaciones entre los fenómenos que explica. Cada frase, cada aforismo, tiene sentido *per se* y se sustenta en sí mismo, mas es el conjunto de frases lo que nos entrega el curso y la hondura del análisis martiano. "Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos"⁴⁹.

⁴⁹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 17.

Es difícil cortar ese razonamiento, tanto que lo hago sólo a manera de ejemplo, pues en verdad para atrapar la exposición martiana en todo su alcance y profundidad hay que examinar el descomunadamente largo sexto párrafo de donde lo cito. El encadenamiento discursivo de las frases aforísticas es lo que lleva a la idea central del párrafo en cuestión y del ensayo en su conjunto: hay que conocer a nuestra América y gobernarla de acuerdo a sí y no según reglas copiadas de otras partes; ésa era, pues, la "clave del enigma" continental, como él mismo escribió.

La ausencia de ese conocimiento de nuestra autoctonía tomaba cuerpo para Martí en el apartamiento del hombre natural (el indio, el negro, el campesino), quien hacía pagar mediante su apoyo a los caudillos ese abandono de las repúblicas criollas. Por eso la intelectualidad ("el libro importado", "los letrados artificiales", "el criollo exótico", "la falsa erudición") resultaban vencidos por ese hombre natural, por "el mestizo autóctono". La reiteración de ideas mediante imágenes diferentes en las que el adjetivo interpreta un papel decisivo, ayudan a la explicación del gran problema, que nunca Martí entrega mediante una definición exacta, sino a través de una especie de aproximaciones sucesivas y con un sentido francamente polisémico.

La reiteración del verbo 'vencer' indica que para Martí tales modelos no pudieron anclar en la hondura social de la región, y que las fuerzas populares eran las portadoras de la autoctonía. Por ello, dedica buen parte de su análisis a fundamentar la necesidad de que la educación y el gobierno partan de esa autoctonía, y no de lo aprendido desde otras latitudes. Y afirma: "La universidad europea ha de ceder a la universidad americana". "Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos"⁵⁰.

Si nos quedamos solamente con esos pares contrapuestos con los que Martí desecha precisamente los conceptos de civilización y barbarie propios del pensar moderno ("No hay batalla entre la civilización y la barbarie"⁵¹), parecería

⁵⁰ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 17.

⁵¹ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 15.

entonces que aprueba como deseable esa autoctonía representada por el hombre natural. Como también quizás alguien pudiera entender ese vencer de lo autóctono, que Martí, obsérvese, no presenta como el triunfo deseable. Sin embargo, la batalla entre la falsa erudición y la naturaleza, como él plantea los términos del problema, no podía conducir a un estancamiento en esa tradición por muy genuina que ésta fuera. Lo dijo desde el principio del ensayo: que el "aldeano vanidoso" debía mirar al mundo y prever cómo este influiría sobre él para evitar que ello tuviera efectos negativos. La modernidad avasalladora tenía que ser asumida desde lo autóctono, desde lo natural americano y en función de los intereses de las mayorías, so pena de sostener y acrecentar las contradicciones que habían hecho supervivir a la colonia en las repúblicas.

Difícil, pero imprescindible acomodo entre tradición y modernidad es lo que se plantea Martí, y por ello el verdadero llamado de "Nuestra América", su objetivo supremo, es el de la unidad continental para resolver esas contradicciones de las repúblicas criollas, para entregar la justicia a los sectores populares y para impedir las nuevas subordinaciones que asomaban desde el Norte del hemisferio. De hecho, pues, nuestra América, para Martí, no podía seguir siendo como hasta entonces, pero tampoco podía volver atrás: se trataba de dar un osado salto hacia delante, de una nueva modernidad nuestramericana o de una contramodernidad, pero desde lo nuestro, desde nuestras tradiciones y desde nuestras realidades, y satisfaciendo los intereses olvidados de las clases populares.

Por eso el ensayo fustiga a la intelectualidad de su tiempo: Martí quiere que ella cambie su lógica de pensar, sus paradigmas, que se sumerja en su pueblo natural, no deje de atender a los cambios del mundo e incorpore y entregue un proyecto propio para la región. De ella deberían salir "los hombres nuevos americanos", que para él ya iban naciendo y a los cuales describe así:

"En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas, estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores

empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos, traen los caracteres nativos a la escena. Las academias, discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca, y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio"⁵².

Era pues, una gigantesca renovación cultural y civilizatoria la que estaba proponiendo Martí en "Nuestra América", la que debía mudar a su interior para así afrontar la amenaza del vecino norteño, cuyo desdén por nuestros pueblos responde, según Martí, a "*caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y de adquisición, de vanidad y de avaricia*", que pudieran trocarse en "*amenaza grave*" de ocurrir determinados sucesos⁵³.

Ni ante semejante avistado peligro cede Martí en su perspectiva ecuménica y ética de igualdad humana, de culturas y civilizaciones: "*no hay razas*", dice; éstas son asuntos de "*librería*"⁵⁴, es decir, inventos, artificios mentales. Y ese peligro podría resolverse "*para la paz de los siglos*", sin odios, sin estimular ideas ni prácticas degradantes para otro pueblo, sino "*con el estudio oportuno -y la unión tácita y urgente del alma continental*"⁵⁵.

Al término del ensayo, la esperanzada confianza en la América trabajadora que veía surgir, la moderna y autóctona nuestra América que proponía, y andaba por "*el camino abonado por los padres sublimes*" -evidente alusión a los próceres que forjaron las independencias-; esa América nueva surgida según el mito tamanaco referido al padre Amalivacá y a su mujer, quienes recrearon la humanidad lanzando hacia atrás los frutos de la palma moriche, de cuyas semillas nacieron hombres y mujeres⁵⁶. Así, nuestra América habría de transformarse con y desde sus basamentos indígenas y sus padres

⁵² Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 25-26.

⁵³ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 29.

⁵⁴ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 28.

⁵⁵ Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*, 30.

⁵⁶ Ibid.

fundadores: su lógica no podía desasirse de sus propios orígenes y caracteres, como se pretendía y se llevaba a cabo desde la razón moderna.

Ante la crisis civilizatoria en que está sumida la humanidad moderna del capitalismo, pareciera que hemos de impulsar la América nueva, la que regó el Gran Semí a lomo del cóndor, y aprovechar el camino abonado por los padres sublimes, con Martí entre ellos, para alcanzar la unión tácita y ahora imprescindible más que urgente, del alma continental, de nuestra América. Se trata no solo de lograr la América nueva, sino un mundo nuevo, distinto, que hemos de pensar y de elaborar desde otras perspectivas, desde otros presupuestos, desde otra lógica. Que así sea.

Referencias Bibliográficas

- Cairo, Ana, “Una obra maestra de la ensayística”, en *Imaginarios: 120 años de ‘Nuestra América’*.
(http://librinsula.bnjm.cu/secciones/281/expedientes/281_exped_1.html)
- Martí, José, *Nuestra América, edición crítica*. Investigación, presentación y notas de Cintio Vitier. Primera reimpresión, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2005.
- Martí, José, *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, 28 tomos, La Habana, 1963-1973. El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. Hay varias reimpresiones. Se cita en el texto como OC.
- Martí, José, *Obras completas*, Edición Crítica, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000-2014. Se han publicado 25 tomos hasta el momento. Se cita en el texto como OCEC.
- Rodríguez, Pedro Pablo, “Nuestra América como programa revolucionario”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, No. 14, La Habana, 1991, 215-225.
- Vázquez Pérez, Marlene, “Ni siervos futuros ni aldeanos deslumbrados: diálogo, descolonización y antirracismo en ‘Nuestra América’ de José Martí”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, No. 34, La Habana, 2012.
- Vitier, Cintio, “Las imágenes en ‘Nuestra América’”, en *Temas martianos*, 2, *Obras*, t. 7, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005.